

Editores:

Marita Hamann

Santiago López Maguñá

Gonzalo Portocarrero

Victor Vich

Batallas por la memoria: antagonismos de la promesa peruana



RED PARA EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL PERÚ

© Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú
Plaza Francia 1164
Lima 1, Perú

BATALLAS POR LA MEMORIA:
ANTAGONISMOS DE LA PROMESA PERUANA

Marita Hamann
Santiago López Maguiña
Gonzalo Portocarrero
Víctor Vich
(Editores)

1ª edición: junio 2003

Diseño de la carátula: Ana Lucía Saavedra

ISBN: 9972-57-021-5

Hecho el depósito legal 1501052003-2364

Esta publicación ha sido posible gracias al generoso aporte de la
Fundación Ford.

BUP-CENDI

Batallas por la memoria: antagonismos de la promesa peruana
/ Eds. Marita Hamann, Santiago López Maguiña, Gonzalo
Portocarrero y Víctor Vich. -- Lima : Red para el Desarrollo de las
Ciencias Sociales en el Perú, 2003.

/ PERÚ / HIST. / PERÚ / POLÍTICA / IDENTIDAD NACIONAL /
ASPECTOS SOCIALES / ASPECTOS ECONÓMICOS /

985 (CDU)

Prohibida la reproducción total o parcial de este texto por cualquier medio sin
permiso de la Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Derechos reservados conforme a Ley

Memorias del Velasquismo

Gonzalo Portocarrero¹

Yo solo pienso una vez traspuesto cierto umbral de terror

Samuel Beckett

El epígrafe que precede a este texto revela con precisión el estado de ánimo con que inicié su escritura: mucho miedo y desazón. En un inicio, para poder empezar, tuve que forzarme, controlar mi ansiedad. Ocurre que el velasquismo es un fenómeno traumático, reprimido. Una historia tabú. Una ruina que no se visita. Hablar de ese período, de esa figura, es inquietante y contencioso. Aburrido y sinsentido. De hecho las valoraciones sobre Velasco y su época son muy distintas entre las clases sociales y las generaciones. Para las clases dominantes el velasquismo es algo que nunca debió haber existido, una anomalía que debe olvidarse lo más pronto posible. Pero entre los subalternos muchos consideran al gobierno de Velasco como el mejor de la historia reciente. Sea como fuere, el “suelo conversacional” es muy disparate. Regresar a esa época es como descender a un subterráneo, oscuro y ruidoso; un laberinto poblado de fantasmas. Así, en el inicio de la investigación podía escuchar dentro de mí el eco de múltiples voces diciendo cosas totalmente opuestas. En verdad, no tenía un pensamiento que pudiera considerar propio. Aunque, de otro lado, quería tenerlo. Mi apuesta era construir una narrativa sobre el velasquismo que confronte, y haga dialogar hasta el consenso, las distintas (des)memorias hoy vigentes sobre la “revolución de las fuerzas armadas”. Es decir, tratar de integrar lo que estas opiniones pueden tener de cierto en un esbozo de relato aceptable para (casi) todos era un desafío que no sabía si era capaz de lograr. No obstante, conforme me fui adentrando en los diferentes puntos de vista me percaté que la “dialectización” de las memorias solo era posible sobre la base de un cambio conceptual. En efecto era necesario cuestionar el concepto de oligarquía para elaborar una perspectiva de interpretación desde donde fuera posible la mencionada integración de las memorias. En todo

1. Quiero dedicar el presente artículo a Carlos Franco porque desde su inicio lo tuve a él y a sus trabajos constantemente presentes.

caso se trataba de mostrar, en un caso concreto y ejemplar, la posibilidad de una perspectiva “nacional”. De una valoración hecha desde una posición “ciudadana”, que pudiera ser ampliamente compartida. Tocaré al lector juzgar si este intento ha tenido éxito.

I

Solemos pensar que el velasquismo es un fenómeno histórico. Actualmente, creemos² vivir en otra época. El horizonte que nos envuelve, los temores y deseos que nos orientan, se nos aparecen muy distintos de aquellos vigentes en la época de Velasco. De hecho, el miedo, o el anhelo, por una revolución comunista ha desaparecido. Los problemas actuales son la ingobernabilidad, el caos, y la proliferación de la delincuencia. El empobrecimiento del futuro. Antes el temor de algunos era la esperanza de los otros. En la actualidad el miedo es de (casi) todos. Miedo al descontrol y la anarquía y, como contrapartida, aferramiento a una esperanza de solución que, sin embargo, no se llega a ver, pero que de manera alguna, nunca, podemos descartar. La dinámica de la ingobernabilidad suele conducir a la barbarie y la dictadura. En efecto, en medio de la impotencia y el caos, el deseo de orden prepara el camino a la intolerancia y a los “regímenes salvadores”. De hecho, cuanto más radical es la ingobernabilidad, tanto mayor es el consenso en torno del autoritarismo como solución. Entonces, desde esta perspectiva, que enfatiza el orden social como el problema fundamental de la sociedad peruana, resulta que no estamos tan lejos de 1968. En efecto, Velasco pretendió una afirmación nacionalista que pudiera conjurar los múltiples antagonismos de la sociedad peruana. No obstante, los resultados no fueron conclusivos y hoy estos antagonismos, y la violencia que producen, están más desbordados que en 1968. En realidad, cuanto más ahondamos en nuestro presente tanto más nos encontramos con nuestro pasado. Nos sigue acompañando la realidad de un país fragmentado por las exclusiones y los odios, donde la violencia es el fundamento de un orden precario, constantemente asechado por una conflictividad irresuelta.

Resulta entonces que los problemas que enfrentó el velasquismo siguen definiendo nuestra contemporaneidad. En efecto el miedo a la “gue-

2. Este “creemos”, en el cual parcialmente me incluyo, remite a un sujeto colectivo, a un “nosotros”, definido como los peruanos de hoy o, por lo menos, la mayoría de ellos. Desmemoriados, que sin comprender nuestro país, seguimos apostando sin embargo por la “promesa de la vida peruana”.

rra de razas”, o a una “revolución comunista”, o a “la ingobernabilidad y la delincuencia generalizada” son rostros de un mismo antagonismo que es tan antiguo como la propia conquista española y la resistencia indígena. Se trata de distintas fabulaciones de la misma pesadilla, de simbolizaciones que cambian pero que siguen remitiendo al mismo hecho real y traumático. En el fondo estamos hablando (creo) de la falta de relaciones de autoridad (legítima) en el país, de la imposibilidad de amortiguar los antagonismos; es decir, de consolidar autoridades consensuadas que signifiquen tanto la prevalencia de la ley como de un sentimiento de comunidad, de reconocimientos mutuos. De cualquier manera el hecho es que no se llega a constituir un poder soberano que instituya, y haga efectivas, reglas universales, válidas para todos. La soberanía, entendida como capacidad de autoinstitución de la sociedad, no se llega a concretar, y los conflictos no se intermedian. Por el contrario, el abuso subvierte la ley y mina la autoridad. Las reglas que organizan nuestro orden social no son, como se pretende, universales, para todos. Las excepciones proliferan de manera que las reglas que regulan la vida cotidiana se negocian de acuerdo con las relaciones de poder vigentes en un momento dado. La vida social discurre sobre reglas particulares que resultan de la negociación entre la supuesta universalidad del sistema jurídico y el constante reclamo de privilegios y excepciones.³ De otro lado, el racismo; es decir, la jerarquización no validada, ilegítima, impide el desarrollo de un sentimiento de comunidad que comprenda a todos los peruanos. Los antagonismos de clase, género, etnia, región no pueden ser manejados. Y el resultado es que vivimos en una (caótica) normalidad que es refrenada de convertirse en una proliferación de luchas abiertas gracias a la violencia, a episodios circunscritos de barbarie. La violencia sirve para visibilizar los reclamos de excepción de los más débiles. Pero la respuesta a esta violencia suele ser otra violencia aun mayor. El proceso puede llevar a la barbarie generalizada, al desenfreno de la violencia, a un momento donde se desatan los odios y se viven los antagonismos sin amortiguación alguna. El Perú es pues un país sísmico, levantado sobre fallas sociales que producen constantemente temblores y terremotos. Una historia plagada de repeticiones.

Dentro de la historia peruana el gobierno de Velasco fue el intento más audaz por contener los antagonismos sociales. Eran sus objetivos, legítimar la autoridad, construir la nación, crear un sentimiento de obligación frente a la ley. Hacer realidad la “promesa peruana”; es decir, lograr una

3. Estas ideas provienen de un diálogo con la obra de Giorgio Agamben (1998).

comunidad de personas que pese a sus diferencias se reconozcan como iguales en derechos, sujetos a las mismas leyes, compartiendo la misma historia y actuando en función de un porvenir para todos. En su momento las circunstancias eran propicias. En 1968, tras 25 años de crecimiento económico, la perspectiva de integración social y primado de la ley hacía mucho sentido. Los de arriba querían terminar con el fantasma de la guerra de razas-revolución comunista, y los de abajo querían ser integrados en la bonanza económica, en un progreso que implicara la afirmación de la ciudadanía. El gobierno se lanzó entonces en un programa de reformas buscando la redistribución del ingreso y procurando movilizar a los sectores populares dentro de un encuadre institucional bastante rígido. A los de arriba se les trató de persuadir que mejor es perder un poco antes que perderlo todo, y que solo la prevalencia de la ley y la integración social harían posible su plena seguridad. A los de abajo se les dijo que eran posibles la justicia y la prosperidad, gracias al esfuerzo colectivo y al reconocimiento de la autoridad.

En un período, allá por los años 1970-73, el régimen de Velasco gozó de una amplia popularidad entre todos los grupos sociales, a lo largo y ancho del país. No obstante poco duró el apogeo del régimen. Las disensiones internas, la oposición de la derecha, la presión de la izquierda, la falta de un apoyo popular explícito, el aislamiento internacional y la crisis económica; todos estos factores conspiraron, junto con la enfermedad del propio Velasco, para que el gobierno quedara paralizado. Perdido el rumbo, sin capacidad de gestionar una amortiguación al recrudescimiento de los antagonismos, una vez que se disipó la bonanza económica.

¿Fracasó el régimen de Velasco? Pero, ante todo, ¿es posible una respuesta simple a esta pregunta? Creo que son necesarias múltiples respuestas que aún no estamos en capacidad de dar. No obstante si comparamos los resultados con los objetivos es claro que el gobierno no logró la tan ansiada integración del país. Es más, pocos años después de su caída, la vieja pesadilla de la guerra de razas-revolución comunista se convertiría en una espantosa realidad. Además, el ejército que condujera el “proceso revolucionario” se transformaría en uno de los protagonistas de la barbarie que asoló al Perú por más de doce años. Los antagonismos cobraron fuerza inusitada y tras la barbarie y el salvajismo, y la derrota de la insurrección senderista, nos reencontramos con ese caos tan familiar, donde sin embargo se va incubando un nuevo rostro para los conflictos de siempre: la corrupción generalizada y la delincuencia. La violencia y la ingobernabilidad. Los excluidos de ayer, de siempre, ya no se orientan por mitos mesiánicos

de construcción colectiva de un orden justo. Hoy prevalece, entre muchos, la idea de que la persona sin oportunidades, agraviada por la sociedad, tiene libre el camino del “achoramiento”, de la justicia por mano propia, rápida y efectiva. El robo y el asalto pueden ser considerados como expropiaciones pues no habría otros caminos.

¿Qué aprendió la sociedad peruana de la experiencia de Velasco? ¿Tenemos una capacidad de aprendizaje? ¿Podemos sacar lecciones del pasado? Me parece que las lecciones están allí pero que no somos aún capaces de elaborarlas. Quizá, si fuéramos capaces de confrontar las ideas de distintas gentes, de dialectizar sus memorias, podríamos aprender algo de esos años en los que la promesa peruana (casi) parecía convertirse en realidad. Y la revaloración del velasquismo puede ser el principio de una relectura de la historia del país. En efecto, si consideramos la historia del país como desarrollándose en torno del control de antagonismos, en función de instituir órdenes más estables por ser más justos, entonces es posible mostrar una historia oculta: se puede identificar un telos o argumento. Una sedimentación y acumulatividad que está allí pero que no ha sido conceptualizada. Tomar conciencia de esa acumulatividad es precisamente una manera proactiva de ubicarnos en el presente. Saber las distintas formas como en nuestra historia se ha intentado hacer gobernable la sociedad.

II

X es obrero tiene 50 años y ha terminado educación secundaria. X considera a Velasco una buena persona y un buen presidente.⁴ “Tuve el honor de participar del proyecto que tuvo Juan Velasco”. En el plano nacional cree que el gobierno tuvo grandes aciertos con la pesquería, la agricultura, la recuperación de Talara. El gran error es que los beneficiarios “no estuvieron capacitados”, “no supieron aprovechar”. En el mismo sentido señala que “tuvo un gabinete que no lo acompañó, si lo hubieran acompañado hubiéramos estado bien, ese fue su error, exceso de confianza”. Como trabajador piensa que en la época de Velasco “hubo algo bueno para la clase obrera, para la gente pobre, hubieron muchos beneficios con él, como que con este gobierno que no se ve nada y con el gobierno del japonés tampoco”. “Se trabajaban 8 horas normales, no había explotaciones... no como ahora que estamos trabajando 12 horas...” “Fue el gobierno en que

4. Las entrevistas en las que se basa esta sección fueron realizadas por el Sr. Raúl Cheri, por lo que dejo constancia de mi agradecimiento.

estuvimos mejor”. Pero, pese a estas opiniones, X considera que no tiene sentido esperar un nuevo Velasco.

En el relato de X, Velasco aparece como una figura justa, buena y protectora, pero profundamente aislada. Su proyecto no funcionó porque su gabinete no lo respaldó y, de otro lado, porque el pueblo no estaba capacitado de manera que no pudo aprovechar las oportunidades que el gobierno les ofrecía. En cualquier forma el período de Velasco es recordado como una “época de oro”, donde había justicia y beneficios para los trabajadores en vez de la explotación que reina ahora. Cuando X se reúne con sus amigos “... de vez en cuando nos acordamos (de Velasco), como somos de la clase obrera, hay un grupo que nos vamos a tomar y hablamos de todo lo que pasaba en el ambiente obrero, nos acordamos de tiempos que ya no volverán, que eran buenos”.

Es claro que en el discurso de X hay un nosotros, los obreros, los explotados. Este nosotros solo puede cobrar sentido frente a un ellos “los explotadores”, un ellos que permanece implícito, sin rostro. En el medio aparece Velasco como una figura providencial, traicionado por los de arriba y no comprendido por los de abajo. En cualquier forma la política es pensada desde un temple donde confluyen la nostalgia y la amargura. Los buenos tiempos no regresarán y no hay forma de cambiar lo que nos toca vivir. Aunque no lo llegue a decir me parece claro que el deseo de X es que se repita una figura o política como la de Velasco.

El señor Y es chofer, tiene 66 años, nació en Lima y estudió hasta primero de media. Sobre Velasco dice que fue “un soldado, luchó por su patria sin ambiciones, era humanitario”. Según Y la gran falla de Velasco fue su deseo de buscar conflicto con Ecuador y Chile. “Nos hubiera hundido porque una guerra no es beneficiosa para el país... es la única falla que tuvo él, como soldado que era él era bien disciplinario”. Para Y los grandes capitalistas tumbaron a Velasco porque él quería que todos tuvieran lo suyo “que haya una vida normal sin intensiones de apoderarse de nada”. Además su gabinete no lo ayudó porque estaba manipulado por los poderosos. También los gringos estaban molestos porque Velasco les quitó Talara. Entonces “su equivocación también fue que al él lo balearon en el Zanjón y se va a hacer curar ¿adónde?, allí fue su equivocación porque él se debió curar acá pero se va a un país (Etados Unidos) que lo está mandando matar, o sea que se metió a la boca del lobo”. Y considera a Velasco como el mejor presidente del Perú después de Odría. “Él ha seguido los mismos pasos que Odría pero a los grandes no les convenía”. En la época de Velasco se vivía con holgura “ganabas bien y había de todo, alimentabas bien a tus

hijos, lo único que ahora hay que hacer es desayuno y el amuerzo, comida no hay, porque no alcanza, mientras ellos están gozando, ganando un platal, tienen de todo... no les interesa el pobre.. vivir bien con todas las comodidades mientras el pueblo se muere de hambre”.

La narrativa de Y se funda en la idea de un antagonismo radical entre un nosotros “el pueblo”, y un ellos: “los capitalistas”. El pueblo “somos los que pagamos el pato”, los capitalistas son los que “están gozando, ganando un platal, tienen de todo”. Es claro que esta percepción (re)crea sentimientos de odio e indignación. En este contexto, tan polarizado, la figura de Velasco aparece, en un aspecto, como aliada del pueblo, pero aparece también, sin embargo, como inconveniente para el conjunto del Perú. Es decir, de un lado quiere la justicia pero del otro busca la guerra. A Velasco se le atribuye un nacionalismo belicoso que pudo conducir a una guerra perjudicial a todo el mundo, pues en una situación de guerra, “nadie vive tranquilo, ni feliz”. Velasco no era pues la solución que prometía.

Ahora bien, tenemos que preguntarnos en qué medida para Y esta conexión entre búsqueda de justicia social y beligerancia nacionalista es accidental o necesaria. Si se tratara solo de una coincidencia ello significaría que el gobierno de Velasco pudo solucionar muchos de los problemas peruanos especialmente si hubiera tenido un respaldo popular más firme. El pueblo le habría fallado a Velasco, no habría identificado su propio interés, no se habría movilizado por el régimen que lo promovía. Pero si el deseo de invadir Chile y Ecuador hubiera sido, en el plano internacional, el equivalente a la búsqueda de justicia social en el nacional, entonces la situación cambia. Habría algo “desatinado” o “demencial” en el gobierno que descalificaría cualquier propósito de ayudarlo. Entonces el pueblo, pese a la simpatía que Velasco pudiera despertar, no podría estar detrás de él. El dilema sería: búsqueda de justicia social con guerra o injusticia social con paz. Para Y las dos alternativas son malas pero la primera es peor.

Desde esta perspectiva se entiende mejor la idea de que a Velasco se lo “tumbaron” los capitalistas y los gringos, sin que hubiera de por medio un apoyo o protesta masivos por parte del mundo popular. Según Y Velasco fue asesinado en dos pasos. Primero fue baleado en el “zanjón”, en el Paseo de la República. Segundo, sobrevivió herido, pero se fue a curar a un país que “lo está mandando matar, o sea que se metió a la boca del lobo”. Finalmente la idea es que Velasco fue un gran defensor del pueblo pero que su dogmatismo nacionalista conduciría a la guerra y al sufrimiento.

Desde un punto de vista fáctico no es verdad que Velasco fuera asesinado. Tampoco es verdad que buscara, por todos los medios, una guerra

con Chile y Ecuador. Entonces tenemos que preguntarnos: ¿qué encubre Y con estas afirmaciones? No me siento en condiciones de dar respuestas ciertas. A lo más, avanzo dos conjeturas razonables. La primera es que dar un lugar tan prominente a la beligerancia de Velasco representa una forma de explicar y defender la falta de un mayor apoyo popular. La alternativa sería hacer una autocrítica en la línea de lo señalado por X; es decir, el pueblo no estaba preparado, no supo reconocer las posibilidades que se abrían. La segunda es que la idea de que Velasco fue baleado por los capitalistas y los gringos puede ser tomada como una lectura metafórica de la realidad efectiva. En efecto, la “muerte simbólica” de Velasco, su ser desposeído del poder resultó de una conspiración, por lo menos aplaudida por los grandes empresarios locales y el capitalismo internacional. También es interesante notar que el relato señala una falta de consecuencia en Velasco. Irse a curar al país de donde sale la orden de asesinarlo. De esta manera se estaría poniendo en evidencia una actitud ambigua en Velasco. Tratar de obtener la cooperación de aquellos que quieren destruirlo.

Z nació en la provincia de Oyón hace 51 años. Se desempeña como profesor de soldadura en un Instituto de Enseñanza Técnica. Z piensa que Velasco venía de un “estrato social bajo” y que estaba muy interesado en que “los pobres mejoraran su nivel de vida” de manera que hubiera un “equilibrio” entre las clases sociales. Tenía muy buenas intenciones. Fue “la única autoridad del Perú que ha profundizado en el espíritu nacional del país”. Los empresarios invertían, “apostaban a la inversión en el país, apostaban a que se podía producir en el país y tener sus ganancias”. Los trabajadores tenían apoyo. El gobierno legalizó las 8 horas de trabajo y mejoró las condiciones laborales. Los obreros formaron federaciones y sindicatos. Talara fue recuperada y se botó a los militares extranjeros. “Donde iba el chino Velasco allí iba la gente”.

Z piensa, no obstante, que la Reforma Agraria fue un “descalabro”. “Cuando se ejecutó parecía una medida muy atinada, pero lamentablemente con el transcurrir de los tiempos se da cuenta de que no era tanto la medida la desatinada, sino la implementación de la medida porque se cambió bruscamente de un estado de trabajo, en este caso el latifundista que producía para vender, para ganar, ya sea para un estado nacional o externo, cambiar de eso a una agricultura doméstica, recoge la tierra y solamente trabaja para él y se despreocupa del suministro de productos agrícolas a otros lugares del país como es la capital y otras capitales de la costa, eso creo un poco fue lo desatinado...”.

Z piensa que Velasco “tenía un gran plan fronterizo, porque Ecuador con quien siempre teníamos conflictos limítrofes, también Chile, entonces por lo que yo sé y por lo que se decía, Velasco había programado, estructurado, un plan estratégico de invasión a Ecuador y al norte de Chile porque era estratégico recuperar y delimitar definitivamente lo que era frontera Norte-Sur. Para eso el Perú se había preparado muy bien, había logística, había personal de tropa bien preparada, había apoyo, como Velasco tenía un gobierno algo así como de ala izquierda tuvo bastante apoyo de Rusia, en esos años sentaban una base en América Latina como una alianza para ellos por el conflicto que tenían con Estados Unidos, la competencia de poderes, entonces la confianza que tenía con ellos a partir de ese plan, de ese proyecto, y de esa ambición le creó problemas con la gente más cercana que tuvo, con Tantaleán Banini, Mercado Jarrín y dentro de ellos, apuntalado por ellos, Morales Bermúdez quien fue el que le dio el golpe en Arequipa”.

La Reforma Agraria estaba bien inspirada pero la implementación falló porque la gente dejó de trabajar. Los beneficiarios regresaron a una economía doméstica y cayó la producción. Aunque Z no es claro y preciso, contundente, sí deja entrever, sin embargo, que la gente no estaba preparada para sustituir a los patrones. Cae la producción y hay desabastecimiento en la ciudad. Pero la caída de Velasco se debió a la pretensión de invadir Ecuador y Chile. Sobre este aspecto se crearon diferencias en el gobierno que llevarían al golpe de Morales Bermúdez.

A diferencia de Y, Z no parte de postular la existencia de intereses antagónicos. Es posible una relación armónica entre clases sociales. De hecho con Velasco empresarios y trabajadores, los dos grupos, estaban ganando. Con el nacionalismo se lograba un equilibrio social. No obstante los problemas vinieron por la falta de preparación de la gente que se benefició de las reformas; hecho que impidió que estas fructificaran y, por otro lado, por el afán belicista de Velasco que provocó disensos en el equipo dirigente del gobierno. A ello se suma finalmente la oposición de los apristas.

Z responsabiliza al pueblo y al propio Velasco del fracaso del gobierno. Las intenciones eran muy buenas y los logros muy considerables pero la gente no supo organizarse y el propio Velasco se dejó llevar por un revanchismo ya fuera de época. En cualquier forma Z considera que el gobierno de Velasco “llenó a la gente de ideas, de expectativas, de esperanzas”. Su balance es muy positivo.

Tratemos ahora de identificar similitudes y diferencias entre nuestros entrevistados. Los tres tienen muy buena opinión de Velasco como perso-

na. Alguien de abajo que se preocupa por los más humildes. Igualmente los tres simpatizan con las medidas de su gobierno. Se buscó la justicia social en una perspectiva nacionalista de integración del pueblo peruano. No obstante desde aquí empiezan las diferencias. Para X y Z el problema es la falta de capacitación en el mundo popular. La gente no entendió la oportunidad que tenía por delante. En cambio para Y el problema estuvo más en la insensatez del propio Velasco, querer llevar al país a una guerra que no produciría sino sufrimiento. Z comparte hasta cierto punto esta opinión.

A la hora de evaluar al gobierno de Velasco los entrevistados tienen en cuenta sus intenciones y las medidas respectivas, y, de otro lado, los resultados efectivos. No aparece como relevante el hecho de que fuera una dictadura. En todo caso los tres sienten una empatía por Velasco aunque tampoco se sientan representados por él. En realidad, la política, al menos la de esos años, aparece como algo distante de lo cotidiano. En dos de ellos, sin embargo, hay una suerte de autocrítica desde lo popular. Los de abajo son también responsables del fracaso del gobierno pues no lo apoyaron o no colaboraron en las reformas que emprendió.

III

Nuestros entrevistados, hombres mayores de 50 años, han vivido el período de Velasco. Inclusive, según declaran, el tema aparece con cierta frecuencia cuando se reúnen con amigos a tomar unas cervezas. Para ellos, en la década de 1970, corrían tiempos que eran de juventud y prosperidad. Ahora la perspectiva de crisis domina su horizonte. En el contraste la memoria se impregna de nostalgia. Las memorias de estos trabajadores son resultado de comunicaciones informales pero reiteradas. Son una construcción social. En todo caso no se observa en ellos influencia de la “historia oficial” que, como veremos, repudia a Velasco como una dictadura insensata que desató odios y retrasó la marcha del Perú.

La perspectiva de los jóvenes es muy diferente. Nuestros entrevistados entre 18 y 25 años no tienen muchas referencias sobre el período de Velasco. Sus fuentes son la escuela y los recuerdos familiares. No obstante no dan muestra de un interés por enterarse de los hechos y del significado de lo ocurrido. Para ellos la experiencia Velasquista es algo remoto e inactual sobre lo que apenas se conversa. O sea un asunto de viejos. Es más, la imagen de Velasco es menos favorable, o acaso simplemente desfavorable. En la percepción de los jóvenes se acentúa el hecho de que fuera una dictadura. Esta situación testimonia la falta de comunicación entre genera-

ciones. Los mayores no han logrado transmitir sus lecciones sobre el velasquismo a los menores. En el mismo sentido es muy importante señalar el desmontaje de todo el aparato conmemorativo con el cual el régimen pretendió fijar una memoria nacionalista ⁵. Pero veamos algunos casos típicos que nos permitan precisar estas generalizaciones.

La joven A tiene 21 años, ha nacido en Lima y no ha terminado secundaria. El balance que hace del gobierno de Velasco no puede ser más desolador. “había un control de las cosas a la fuerza, brutal... no habían cosas buenas”. Era una dictadura donde había “represión, matanzas, todo ha sido represivo”. “no oyes otras voces... te quieren imponer por una cuestión de deseo de poder, de estar arriba, de controlar... no responde a los intereses de mucha gente, (sino) de los propios o de un pequeño grupo”. “la formación militar hace que las cosas se hagan de una manera esquematizada y siguiendo esas cosas del nacionalismo y que son cosas que se crean un poco a la fuerza”. “Con la reforma vinieron las cooperativas y no eran justas, equitativas, no sabían cómo administrarlas, no hubo una repartición de tierras justa, les quitaron a unos cuantos para darles a otros, se dio de mala manera, no fueron políticas estudiadas”. “Los tombos son los más corruptos también”.

La lectura que hace A del período de Velasco parte de un supuesto que la lleva a elaborar una visión simplificadora y totalmente negativa. A piensa que toda dictadura es violenta y represiva, que obedece al interés de unos pocos y que tiende a ser ineficiente y corrupta. Si se piensa así no se tendrá mucho interés en averiguar lo sucedido. El supuesto genera un estereotipo que desalienta el esfuerzo por conocer. El resultado es una imagen

5. Según Lienhard la memoria popular es una construcción social que se elabora en tres momentos. Primero es la reflexión de las personas. Segundo las conversaciones entre ellas y la cristalización de un consenso sobre el significado del hecho en cuestión. Tercero la performance de la memoria, su ritualización a través de ceremonias conmemorativas que la fijan y estabilizan. Estos “momentos” no deben entenderse como partes de una secuencia sino como aspectos de un proceso. Ahora bien, el régimen de Velasco creó un calendario celebratorio que lo institucionalizara como movimiento de liberación y consolidación de la nación peruana. Recordemos sus feriados: el día de la revolución peruana, el 3 de octubre. El día de la “dignidad”, el 9 de octubre. El día del campesino o de la reforma agraria, el 24 de junio. Poco a poco, sin embargo, este calendario celebratorio fue desmontado. Una manera más de reprimir que de olvidar lo que fue el velasquismo. La memoria se des-construye mediante la discontinuidad de las performances. Una invitación a la amnesia, esto es lo que sucede con las nuevas generaciones. Ver Lienhard 2000.

sin matices. En realidad un anacronismo pues A está reconstruyendo el pasado en función de una manera de pensar que se cristaliza recién cuando cae el gobierno de Fujimori. En efecto, la descalificación automática de los regímenes no democráticos como represivos y corruptos es la norma que se impone en los años 2000-2001, cuando se visibiliza la entraña dictatorial del régimen de Fujimori. Entonces en los juicios de A no hay un conocimiento de los hechos que le permita elaborar una memoria. Un balance de la experiencia de Velasco, un aprendizaje de lo que se logró y de lo que se frustró. Detrás de las generalidades que A suscribe se hace patente la falta de un pensamiento sobre el Perú. Y quizá, lo que es peor, el desinterés por adquirirlo. Entonces las opiniones de A remiten a la debilidad de la memoria colectiva. Ni la familia, ni la escuela han dotado a A de una visión histórica del Perú.

B tiene 22 años, ha nacido en Lima y ha estudiado hasta quinto de secundaria. B se ha enterado de Velasco por su abuelo que lo conoció personalmente. B hace suyas muchas de las apreciaciones de su abuelo. “Me dijo que hizo muy buenos proyectos... que era una gran persona... para mí ha sido el mejor de todos los presidentes hizo cosas que a otros presidentes les faltarían cojones para hacerlo”. “Se respetaban las ocho horas... apoyó mucho a la agricultura, a la gente pobre... y lo más importante es que botó a todos los extranjeros... los militares estadounidenses tenían un puesto aquí en Talara, y ellos se habían adueñado de eso... Si Velasco no se hubiera puesto las correas ahorita estuviéramos hasta las patas... su mayor desacierto es que mucho se dejó llevar por los que estaban a su lado, tanto así que Bermúdez le dio batazo y luego de esto se quedó con su mujer”. “Como van a saber administrarlo (las tierras) si no había entonces tanta educación como ahora, los más no tenían ni primaria... no sabían sumar ni uno más uno”.

Pero para B el régimen de Velasco tuvo también aspectos tenebrosos. “Hubieron muchos desaparecidos, así como lo que hizo Montesinos... no salió a flote pero todo el mundo sabía que desaparecía la gente pero nadie decía nada, era un golpe de estado”. “Al manejar los medios de comunicación, si tú escuchas algo que es mentira, si la radio te dice que ha nacido un niño de tres cabezas, como es algo público tú le crees, quien está en el poder y tiene la patria potestad de tener a todos los medios de comunicación, él gobierna, así como sucedió con Fujimori”.

B tiene una visión escindida del régimen de Velasco. De la familia, del abuelo, le viene la idea de un presidente nacionalista y valiente, que apoya a los trabajadores. No obstante por la falta de capacitación de la gente sus

buenos deseos y medidas se frustraron. “La falta de educación en ese tiempo era muy bravo... tener primaria completa era muy raro”. A esta visión favorable se contraponen la idea de un régimen represivo y controlista, hasta sanguinario. Es probable que esta faceta tenga que ver con la época, con el supuesto ya comentado para el caso de A, en el sentido de que un régimen no democrático es por fuerza brutal y oscuro. Entonces la superposición tendría que ver con la confluencia en B de la tradición familiar, un Velasco amigo de los pobres, con el espíritu de la época, todas las dictaduras son iguales, represivas y manipuladoras. Sea como fuere (me) sorprende que B tenga opiniones tan distintas, que no se haga cargo de elaborar una síntesis más coherente. La explicación —quizá— podría estar en la falta de interés por lograr una elucidación. En el hecho de que A no conversa con sus amigos sobre la historia peruana. Es decir, no se trata de algo vital, importante. Es algo lejano e inactual. Finalmente no quisiera dejar de comentar la afirmación de que “Bermúdez le dio batazo y luego de esto se quedó con su mujer”. Para que haga sentido la afirmación tiene que ser valorada como una metáfora. El batazo (golpe) de (Morales) Bermúdez significa que este se quedara con la mujer (el poder) de Velasco. De golpe a batazo no hay mayor diferencia. Pero lo que es curioso es que el poder sea visto como una mujer. Velasco estaba casado con su mujer (el poder) y Bermúdez se la quitó. La relación del hombre con el poder aparece como un matrimonio. Algo íntimo y posesivo, donde se definen la existencia y la cotidianeidad. El poder es como una mujer tornadiza que puede arrebatare con un gesto de fuerza.

C tiene 22 años, ha nacido en Lima y ha seguido estudios de Antropología pero se encuentra desocupado. C se ha enterado de Velasco a partir de lo escuchado en casa, de lo estudiado en la escuela, “y más allá de la escuela”. Lo que llama la atención en sus juicios es la falta de integración o sistematicidad. Predomina una ambivalencia no mediada, una acumulación de opiniones sin balance, ni perspectiva. C se da cuenta de ello. “No he pensado mucho en Velasco, más he tenido discursos generales de Velasco, que hizo esto o lo otro, pero uno no sabe a profundidad qué cosas hizo bien y qué cosas hizo mal, yo no leo mucho sobre Velasco, creo que tuvo grandes principios de acción, como por ejemplo hacer una reforma agraria, al final creo que la cagó, creo que hay que darle mérito que parecía eran buenas intenciones de él... acabó con muchos de los gamonales...” “Era una dictadura militar que tenía una fachada de izquierda, la intención del golpe militar fue evitar que se generen grupos de comunistas o gente de izquierda en el país, prevenir que haya lucha armada entre campesinos

luchando por tomar tierras... lo que hizo fue anticiparse a eso e hizo algo inédito, un militar que al final implementó todas las ideas socialistas... me parece inteligentísimo como estrategia política". "Al final creo que no tuvo mucho éxito".

De otro lado C piensa que el gobierno de Velasco "ha sido una dictadura y todo tipo de dictadura me parece deleznable, tampoco le tengo mucho amor a los militares y tampoco me convence mucho la fachada de izquierda... lo que sí me parece bacán es que haya asimilado.... a mucha gente de izquierda... Tampoco soy de izquierda pero me parece que tienen una visión un poco más crítica de las cosas, aunque sabemos que la izquierda ha hecho en el mundo grandes matanzas, me parece que tuvo buenas intenciones como recuperar parte de la cultura que forma parte del país, la cultura andina". Respecto a los militares C piensa que son intolerantes y prejuiciosos. Han hecho grandes masacres. "En las escuelas de la marina, la FAP, la gente tiene que ser de tez blanca y que no tengan ningún tajo...." En el caso específico del gobierno de Velasco C piensa que hubo muchos muertos y desaparecidos "están confabulados con Cuba y la KGB". En todo caso la represión no fue como en Chile y Argentina. Habían más presos y exiliados. Finalmente es importante mencionar que C es un desencantado de la política. Él prefiere no votar y no lo convencen ni las elecciones ni los golpes de Estado.

En C se superponen dos discursos sobre el país. Uno de "izquierda" que lo lleva a la crítica de las prácticas discriminadoras de las FFAA, a la denuncia de las matanzas. Desde esta perspectiva el gobierno de Velasco aparece como sospechoso pues su motivación sería la de evitar el comunismo. Es decir, se habría apropiado de las ideas socialistas para impedir una verdadera revolución. Su régimen tenía una "fachada de izquierda". No obstante hay otro discurso acaso menos prejuicioso donde Velasco aparece movido por buenas razones. La justicia social, la recuperación de lo andino. "Creo que tuvo grandes principios de acción", "ayudó a acabar con todas esas familias de poderosos que tenían al país dividido en pedazos", el Perú no estaba alienado con los grandes capitalistas norteamericanos.

En C se conjugan una actitud de sospecha hacia las intenciones reales de Velasco, supuestamente antiizquierdistas, con otra actitud, muy distinta, de señalamiento de coincidencias y de reconocimiento de logros. En este sentido la posición de C es muy característica de la que siguen sosteniendo muchos que pertenecieron a la izquierda radical de la década de 1970. Una mezcla de duda e incredulidad, pues los militares son anticomunistas y autoritarios, con, de otro lado, un reconocimiento de la radicalidad e im-

portancia de las medidas del “gobierno de Velasco”. Me parece que esta impostación traduce el deseo de que los mismos cambios hubieran sido hechos por la izquierda civil y popular. Y no por los militares.

Si buscamos lo común en las opiniones de A, B y C puede notarse que el “inconsciente político” de sus posiciones de enunciación está definido por un rechazo a las dictaduras, por un desencanto con la política y por la falta de preocupación por elaborar una memoria. Por una indiferencia hacia el pasado. Vivido como algo remoto e inactual. En los tres casos está muy presente la idea de que una dictadura es necesariamente represiva y sanguinaria. Si las comparamos con las opiniones de la generación mayor es claro que la memoria se ha debilitado y que la reivindicación de la democracia ha introducido una sombra sobre lo que fue el gobierno de Velasco.

IV

En 1986, bajo la coordinación de Carlos Franco, el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (Cedep), publicó un balance muy ambicioso sobre el periodo de Velasco. Se trata de *El Perú de Velasco*. Obra en tres tomos, de cerca de 1000 páginas. Como una suerte de conclusión, el editor decidió invitar a intelectuales de distintas generaciones y trayectorias con el fin de que debatieran sobre la “*experiencia velasquista*”. Dieciséis años después de llevado a cabo el debate quisiera decir que la faceta testimonial ha permanecido más en pie que los esbozos interpretativos, y que entonces el debate puede ser releído provechosamente siempre y cuando se subraye la dimensión del testimonio y se identifique los supuestos invisibles que organizan y limitan la polémica. Sostendré que esta relectura que propongo permite reabrir el debate sobre la “*experiencia velasquista*”. Darle una nueva actualidad.

Lo primero, entonces, es tomar distancia de los supuestos tácitos del debate. Identificar los consensos interpretativos que enmarcan el intercambio. El más importante de estos consensos es enunciado, en el mismo inicio de la conversación, por Carlos Franco: “Cancelar el periodo oligárquico de la historia del país e iniciar una época distinta, aunque no definida sino tendencialmente, es acaso el rasgo decisivo de la experiencia velasquista”. (1986: 915). Hasta Alberto Flores Galindo, el más radical de los intelectuales presentes en el diálogo, comparte esta opinión. “Carlos Franco decía que lo característico del régimen había sido cancelar el periodo oligárquico. Eso, en lo fundamental, me parece acertado aunque habría que matizar” (918).

A la distancia me parece que el concepto de “período oligárquico” hace pensar que las condiciones para una afirmación definitiva de la democracia en el Perú no son muy problemáticas. En realidad este concepto invisibiliza los antagonismos más severos de la sociedad peruana. Sea como fuere el consenso es que la superación de la “oligarquía” sería el legado de Velasco. Esta tesis toma dos direcciones diferentes. Para Carlos Franco “el velasquismo será recordado, creo yo, como la forma política a través del cual el Perú dejó atrás la servidumbre social y el gobierno de la aristocracia” (917). Para Alberto Flores Galindo el velasquismo hizo posible “el curioso encuentro de una izquierda ... fragmentaria ... con la radicalidad espontánea del movimiento popular” (918). Es decir, para Franco el gobierno de Velasco creó la ciudadanía y colocó las bases de la democracia. Mientras tanto, para Flores Galindo, la intransigencia de la oposición de izquierda tuvo un efecto no pensado pero verdaderamente trascendente: la constitución de una izquierda radical. El germen de un Perú socialista.

Actualmente es visible que ambas opiniones son muy relativas. Respecto a la observación de Franco habría que decir que el gobierno de la aristocracia continúa aunque no se trata esta vez de una aristocracia de cuna o apellido, sino de argollas partidarias o élites económicas o, por último, grupos mafiosos. En todo caso es claro que el sistema político no se ha acercado al mundo social para organizarlo y representarlo. El caudillismo, la demagogia, y el clientelismo siguen siendo el círculo perverso de la política peruana. Quizá el cambio más importante es la apuesta popular por la acción directa. En efecto, la movilización social, ajena y distante de sus supuestos representantes políticos, discurre por el cauce de la marcha y la protesta. La agresión contra el gobierno y el Estado es la consigna. Es la forma de hacerse oír, de existir. Se actúa no sobre la base de un programa para el país, de un interés generalizable, sino, en una perspectiva inmedatista, economicista, conseguir beneficios, mayormente muy justos, para los sectores movilizados de la población. No se trata entonces de movimientos de ciudadanos que esgrimen alternativas sino de protestas puntuales y violentas, (casi)indiferentes a lo que pueda suceder en el conjunto del país.

Respecto a la observación de Flores Galindo habría que decir que esa izquierda radical en la que tanta gente colocó sus esperanzas⁶ estalló defini-

6. El maniqueísmo moral de la izquierda de la época llevó a la ilusión de que una persona de izquierda por el mero hecho de serlo era necesariamente buena e íntegra. Se pensaba justo lo contrario de la gente de derecha. En general la izquierda no estaba preparada para entender el tema del mal en los individuos.

tivamente en 1987. El dogmatismo y los protagonismos personales abortaron su desarrollo. Además se hizo evidente que la izquierda legal no tenía un programa alternativo al que el Apra estaba realizando con Alan García a la cabeza y con un gran perjuicio para el país. Entonces la izquierda se desvaneció como factor de poder. Y más todavía con la caída del muro de Berlín, apenas dos años más tarde del fallido congreso de Huampaní de 1987. Entonces quedaron Sendero y el MRTA. En realidad estos movimientos se incubaron en la universidad masificada y radicalizada de la época de Velasco. Pero ambas fuerzas expresaron solo el trasfondo tanático de la sociedad peruana. Es decir, la liberación de los (justificados) odios, resentimientos y culpas causados por un orden social autoritario. Ahora bien, es necesario decir que estos resentimientos (más apropiado sería decir deudas de justicia) fueron levantados en función de potenciar protagonismos personales totalmente censurables. En resumen la izquierda no fue la fuerza constructiva de país con la que Flores Galindo, como tantos otros, soñó.

Franco piensa que Velasco puso las bases de una ciudadanía nacional, de un sujeto nacional-popular, capaz de hacerse cargo de su historia. Flores Galindo cree que Velasco sin quererlo fomentó una movilización social que desembocaría en una revolución socialista.

Entonces el problema que comparten Franco y Flores Galindo es que su análisis gira en torno del concepto de “período oligárquico”. Creo que este concepto carece de la densidad teórica y conceptual como para razonar el significado de Velasco en la historia del Perú. En efecto, este concepto invisibiliza los problemas de fondo del país y se concentra, en cambio, en “efectos de superficie”. A trasluz de este concepto se insinúa que la “desgracia” del Perú es el gobierno de la “oligarquía”, es decir, de un grupo que concentra la propiedad y excluye al pueblo de la participación política. Ahora bien, la imagen de una oligarquía todopoderosa y responsable de las frustraciones del país adquiere fortuna, según Basadre, a mediados del XIX, cuando a propósito de la consignación del guano, la manumisión de los esclavos y el pago de la deuda interna, un grupo de gente ligada a la política, el ejército y los negocios, adquiere súbitamente notoriedad y riqueza. Se forma entonces la élite llamada a convertirse en el pivot del partido civilista, en el germen de la modernización de principios del siglo XX.

Decía que el concepto de *período oligárquico* resulta inadecuado porque invisibiliza los problemas más serios del país. En realidad fundamenta una inteligibilidad superficial que pone las bases de una acción política necesariamente limitada e infecunda. En efecto, este concepto se concentra en la propiedad de la tierra y en la exclusión política de las masas como

cara y sello de un fenómeno que extravía el destino nacional del Perú, que perpetúa la injusticia y la integración social. No es desde luego que el concepto sea antojadizo. De hecho existió algo así como una oligarquía. No obstante la imagen clásica de la oligarquía está construida desde la marginación popular criolla y apunta a validar un deseo de protagonismo estatal y rentismo social. En efecto, desde la marginación popular criolla, el Estado, oponiéndose a la oligarquía, debería nacionalizar las riquezas y redistribuirlas mediante la creación de empleos públicos productivos (educación, carreteras) y mediante los subsidios a los productores. El problema básico del Perú no estaría dado por una insuficiente acumulación sino por la concentración de la propiedad y el ingreso. Por tanto la solución estaría en redistribuir la riqueza gracias a la democratización política. La insuficiencia de este diagnóstico y la acción política respectiva quedaron en evidencia en los gobiernos de Bustamante y Rivero (1945-1948), y también en el de Alan García (1985-1990). El concepto de oligarquía pone las bases de una orientación populista que no significa una solución a los desgarramientos del mundo social peruano.

Más en el fondo se puede decir que el concepto de “período oligárquico” invisibiliza el “nudo colonial” y la dominación étnica que representan las trabas más serias para la constitución nacional del Perú. Entonces, insistimos, antes que en la concentración de la propiedad de la tierra, el problema del Perú está en la vigencia de antagonismos sociales que impiden la validez de la ley y la plasmación de un sentimiento de comunidad. La autoridad no es legítima porque la persona que la representa es la primera en violarla.⁷ Entonces la ley no puede cumplir la función pacificadora que le es inherente: establecer procedimientos que a todos competen y

7. Dos ejemplos recientes y muy comentados pueden servirme para esclarecer lo que quiero decir. En el inicio de su mandato, el presidente Toledo se fijó un sueldo totalmente desproporcionado de US\$18.000 mensuales. El argumento que empleó para defender esta remuneración fue que él no quería robar. En una reunión de profesores de Ciencias Sociales un colega hizo la siguiente observación: si Toledo dice que es necesario ganar 18.000 dólares para no robar, entonces ¿qué nos está diciendo a los que ganamos 1.200 soles mensuales? Es decir, a la inmensa mayoría del pueblo peruano. La respuesta es, desgraciadamente, obvia: ¡roben! El segundo ejemplo se refiere a las exenciones tributarias que se otorgan los congresistas. Como se sabe los congresistas reciben la mayor parte de sus ingresos como “gastos de representación”. Gastos sobre los que están obligados a dar cuenta solo en un 30%, de modo que el 70% restante es un ingreso no sujeto a fiscalización alguna. En realidad, como todo el mundo sabe, los famosos gastos de representación constituyen una forma de aumentar sus ya abultadas remuneraciones sin tener que

señalar límites que nadie puede traspasar. Fundar la igualdad, contener el privilegio y el abuso. Pero la pervivencia de las jerarquías erosiona cualquier tipo de gobernabilidad en la sociedad peruana. Desde esta perspectiva se puede decir que la oligarquía es una reacción, un intento limitado y frustrado por controlar, desde arriba, este trasfondo colonial de antagonismos desenfrenados después de la independencia. Es decir una apuesta por generar una gobernabilidad y un orden que está condenada finalmente al fracaso pero que logra, sin embargo, producir un cierto orden y prosperidad especialmente en el período comprendido entre 1895 y 1930. La oligarquía es un régimen post-colonial. Un intento (fallido) de hegemonizar el país. Un ensayo, sin embargo, con sus aristas civilizatorias. Mal que bien se creó un nosotros nacional en torno de la narrativa criolla. Se expandió la escuela y el sentimiento de peruanidad. Ordenar y modernizar fueron las consignas. Quizá el partido que mejor encarnó esta posibilidad fue el Nacional-Democrático, el llamado *futurismo* del joven Riva Agüero y del también joven V.A. Belaunde. Sea como fuere esta apuesta al orden y la hegemonía tenía demasiados obstáculos. Quizá el principal es que los grupos convocados por ella no tuvieran una fe profunda en su posibilidad, o encontrarán más cómoda la alternancia y el entendimiento con el gamonalismo. Del fracaso de la modernización oligárquica emerge el Apra y el culto al antagonismo. Y, más tarde, por supuesto, la izquierda. Desde entonces la política es entendida como exacerbación incondicional ¿heroica? ¿suicida? del antagonismo.

Adonde quiero llegar es a que Velasco no combatía tanto con la oligarquía, como él acaso pensaba, sino con los antagonismos irresueltos de la sociedad peruana, con la fragmentación y la ingobernabilidad propias de una sociedad que no llega a validar un sistema de autoridad, donde no hay un sentimiento de comunidad que facilite la confianza. En realidad el desmontaje de la llamada oligarquía fue relativamente sencillo. Las tierras fueron expropiadas o confiscadas en los primeros años. El fracaso del gobierno, y de los movimientos populares, estuvo más bien en organizar la nueva sociedad. Al respecto el caso de Huando es emblemático. Huando era una hacienda moderna de alta productividad. Con el respaldo de la izquierda radical, los obreros lucharon por la expropiación. Pero el triunfo fue el inicio de la debacle. En efecto, la hacienda que producía 7000 TMS

pagar los impuestos respectivos. Si los propios "padres de la patria" son los primeros en evadir las leyes que dictan, creándose privilegios inmorales, entonces ¿qué sentimiento de obligación tributaria puede tener el resto de la población?

de fruta dio lugar a la cooperativa que producía solo 1300 TMS. Los jefes sindicales se coludieron con los administradores y la gestión fue corrupta e ineficiente. Los obreros no se quedaron atrás. Redujeron la jornada laboral a 17 horas por semana. Agobiada por las deudas y la corrupción la cooperativa fracasa y es desmontada por una parcelación que da lugar a una agricultura de subsistencia en las tierras más ricas del Perú (ver Torres 2000).

La faceta testimonial del debate me parece más reveladora. Rolando Ames enfatiza que el gobierno concentró un poder sin precedentes y que tuvo una gran libertad para diseñar y ejecutar su política. Ahora bien, esta voluntad de cambio tenía como contrapartida “sujetos populares débiles”. Entonces “la distancia entre el gobierno y las clases populares creaba un límite a las aspiraciones de transformación irreversible” (919). Por su lado Gonzalo Portocarrero señala la intransigencia de la “nueva izquierda”. Es decir, pese a que Velasco efectuó casi todos los cambios que ella demandaba, la nueva izquierda no le dio oportunidad alguna. Su oposición fue pues de principio, radical. La desconfianza en el ejército y el dogmatismo ideológico alimentaron la idea de que el régimen era el peor enemigo de la revolución socialista, que lo central de su acción iba dirigido a impedir la revolución. Por tanto se trataba de aprovechar las medidas para potenciar los conflictos, para enfrentar al mundo popular con las autoridades. Exigir más, luchar, combatir, esa era la escuela donde se estaría forjando la revolución. Vista con distancia, la izquierda se concentraba en minar las medidas del gobierno. La idea era desautorizarlo, denunciar sus supuestas intenciones ocultas, socavar su autoridad. El cálculo de la izquierda era capitalizar a favor propio la movilización social a la que daba lugar el gobierno de Velasco, sin darse cuenta quizá que la crítica a la autoridad del gobierno repercutía en el desprestigio de cualquier autoridad. Por su parte, Francisco Guerra García relata que su compromiso con el régimen velasquista nació de su entusiasmo por la Reforma Agraria. “ahora con el transcurso del tiempo, sigo considerando que fue un momento extraordinario en el proceso político del país y sigo pensando que desde una perspectiva de largo plazo fue el gobierno más interesante de la historia política peruana” (923).

Los intelectuales que participamos en el debate compartíamos una definición de la situación peruana que se originó a mediados del XIX y que alcanzó su madurez en los escritos de Haya y Mariátegui. El problema del Perú estaba en la concentración de la propiedad y en la exclusión política. No obstante en esa época no se nos había ocurrido que esta situación podría ser un efecto de superficie producido por causas más profundas y definitivas. Me refiero en concreto a la ausencia, en todo nivel, de relacio-

nes legítimas de autoridad, a la vigencia del autoritarismo y a la falta de un sentimiento de comunidad sobre el que pudiera fundarse la ciudadanía. En breve a la pervivencia del (post)colonialismo como conjunto de antagonismos y fragmentaciones que la sociedad peruana aún no puede superar.

V

Es probable que Enrique Chirinos Soto sea el autor que articula con más fuerza la opinión de la derecha conservadora sobre el velasquismo. Lo que podría llamarse verdad oficial pues es la que circula en los medios de comunicación y tiende a imponerse por *default*, es decir, porque no hay en el nivel de gran público otras alternativas de interpretación.

En su *Historia de la República* (Editores Importadores s/f), Chirinos dedica 26 páginas al gobierno de Velasco. El tono de su narrativa pretende ser muy parco y objetivo, poco menos que indiscutible. No obstante es muy clara su posición. El gobierno de Velasco fue una dictadura que resulta del éxito del complot de algunos militares que tratan de llevar a cabo “un temerario ensayo colectivista” (294). Se trata de un régimen seudo-institucional por cuanto no nació de un pronunciamiento de las FFAA sino de algunos de sus elementos. El golpe contra Belaunde interrumpió el orden democrático. Se esgrimió como pretexto el acta de Talara. No obstante, el “complot revolucionario” estaba en marcha desde mucho antes. Además la IPC fue finalmente indemnizada. En realidad el golpe está dirigido contra el Apra que se perfilaba como la fuerza política ganadora de los comicios que deberían tener lugar en 1969.

El régimen de Velasco se basa en “el terror psicológico, si es que no en el físico” (294). Poco a poco el régimen va suprimiendo la libertad de expresión. Primero algunos periódicos, luego la televisión, finalmente (casi) todos los medios de comunicación. Las reformas hostilizan al capital privado nacional. La reforma agraria, las comunidades industriales son formas de frenar la inversión. Los capitalistas extranjeros (Southern, Bayer) son tratados de manera mucho más concesiva. La reforma agraria, las expropiaciones continuas y la fundación de empresas públicas llevan a pérdidas colosales y al crecimiento vertiginoso de la deuda. Los subsidios empeoran aun más las cosas. El balance es pues totalmente negativo. Autoritarismo político, retroceso de la democracia, caída de la inversión, experimentos económicos ruinosos. El régimen tenía que caer y la revolución conoce su temidor con el golpe de Morales Bermúdez que se alza contra el personalismo de Velasco.

Las ideas de Chirinos sintetizan la apreciación de los sectores más pudientes de la sociedad peruana. Quizá para completar el panorama habría que añadir las motivaciones que se imputan a Velasco. Se habla de resentimiento y odio hacia la “gente bien”, o “gente decente”, aquella, por ejemplo, que lo menospreció en su Piura natal, pues no quiso olvidar sus orígenes modestos, aun cuando regresara como el General Velasco. Chirinos no se hace eco de estas historias quizá porque dejan peor paradas a las élites piuranas que al propio Velasco. Ahora bien, la mayor parte de las apreciaciones de Chirinos son ciertas. No obstante, su visión de conjunto es superficial y equivocada. Lo importante del pasado ha sido silenciado, reprimido. Se ha construido una historia banal. El Perú de antes del 68 aparece como una sociedad enrumbada en la democracia. El golpe de Velasco es un complot antiaprista motivado por deseos de protagonismo personal que se prolongan en un colectivismo insensato. En realidad Chirinos no entiende el acontecimiento en la medida en que no conceptualiza el entramado de antagonismos que sustentan y dinamizan la sociedad peruana. En especial reprime la heterogeneidad en nombre de un mestizaje criollo y niega el conflicto étnico colonial que impide la (con)cidadanía. Entonces el significado del velasquismo se le escapa. Para entenderlo tendría primero que conocer lo que todos sabemos pero muchos reprimen y olvidan; es decir, los antagonismos sociales.

VI

Sin acaso quererlo, inspirado por el tema y por el diálogo con las opiniones y argumentos con los que me he confrontado, llego a conclusiones (in)esperadas. Esperadas porque en la intención de mi ponencia la inquietud que me dominaba era cómo lograr una memoria del Velasquismo que fuera aceptable para todos los peruanos. El camino sería confrontar las memorias, hacerlas dialogar, dialectizarlas. Es decir, lograr un relato que hiciera justicia a todas las narrativas existentes, que recogiera los elementos de verdad que cada una de ellas pudiera aportar. Lo inesperado de la conclusión, sin embargo, es que esta dialectización solo es posible si releemos la historia del Perú desde conceptos muy diferentes de los actualmente vigentes. La historia del Perú tendría que ser leída como sucesivos intentos de dominar antagonismos radicales y profundos. Algunos intentos, desde luego, más éticos y exitosos que otros. Esta (re)lectura implica dejar atrás las mutuas descalificaciones. Es decir, la idea de una oligarquía demoniaca y explotadora y, su correlato necesario, la idea de una “indiada”, incapaz

por naturaleza. En cada una de estas perspectivas palpita el deseo de eliminar a la otra. Los sujetos de la enunciación son respectivamente la víctima excluida y el aristócrata descalificador. Apenas es necesario decir que desde estas valoraciones todo es insatisfacción y tragedia en nuestra historia. En realidad, solo desde el plano de los mutuos reconocimientos se podrá elaborar una “historia justa”, una “memoria feliz” que recupere la plena humanidad de todos los peruanos, sin que ello implique, desde luego, renunciar a la crítica. En esa historia el capitulo de Velasco será apreciado como un intento de acercar a los peruanos. No el definitivo pero si un paso que debemos agradecer.

Las dificultades con las que se topa el deseo de ser nación, el sentimiento que Basadre llamó “querer existencial nacional”, son abrumadoras. Es un hecho que los peruanos queremos constituir una colectividad donde impere la ley y donde los mutuos reconocimientos funden un sentimiento de comunidad. En realidad “la promesa peruana” nace con la independencia, cuando la constituyente de 1822 se decide por la república y la democracia como los principios organizadores de la sociedad peruana. No obstante, desde un inicio, esta expectativa se estrelló con antagonismos sociales que la convertían en una quimera, en una referencia querida pero lejana. En efecto, del debilitamiento del orden colonial nació el caudillismo y el caos. No hay un principio de autoridad legítimo y ningún militar de fortuna quiere subordinarse. Todos, cada uno con su camarilla, quieren la “silla”; el poder y sus ventajas. Ninguno de ellos deja de recurrir a los antagonismos étnicos y regionales para subvertir al gobierno del momento y favorecer a su partido. Entonces prima el desorden y las guerras civiles. Habrá que esperar hasta fines del XIX para que se consolide un orden que trate de equilibrar los antagonismos permitiendo una gobernabilidad que de alguna manera enderece al país hacia el cumplimiento de la “promesa peruana.” Pero el orden oligárquico es feble. Basado en la concentración de la riqueza, en la exclusión política, y la marginación del mundo indígena, resulta inestable y preñado de violencia. Cuestionado desde un inicio desde el propio mundo criollo, no llega a fundamentar una gobernabilidad que permita una movilización ágil de la sociedad peruana. Ahora bien, aunque la crítica a la dominación oligárquica suele ser hecha desde un telos democrático; no obstante, ella apunta hacia modos de gobernabilidad autoritarios y populistas. El remedio puede ser peor que la enfermedad. De hecho prima una pulsión antioligárquica, de lucha contra la exclusión y de expresión de los antagonismos no domeñados de la sociedad peruana, pero no hay, sin embargo, una elaboración que aporte un modo de gobernabilidad

alternativo. Sea como fuere la desestabilización del orden oligárquico no lleva a la consolidación de modelos de autoridad alternativos. El recrudecimiento de los antagonismos sociales lleva incluso a la barbarie de la década de 1980 y principios de la década de 1990. Entonces la promesa peruana sigue vigente pero no hay forma de equilibrar los antagonismos, de lograr la prevalencia de la ley y la superación de las exclusiones. La ciudadanía está pues aún por crearse.

Precisamente una de las fuerzas que conspiran contra la “promesa peruana” es la dificultad para elaborar una memoria, una narrativa que cree un nosotros nacional, una historia común donde los peruanos puedan reconocerse como iguales en su diversidad. Esta dificultad para elaborar una memoria nacional no es sino la otra cara de la moneda de la fragmentación, de los desconocimientos y jerarquizaciones, de la prevalencia del colonialismo en nuestra sociedad. En realidad el racismo es la fuerza desintegradora que traba la realización de la promesa peruana. En todo caso sujeto, memoria e identidad son términos que aluden a diversas facetas de lo mismo. Sujeto es quien es agente en la medida en que está comprometido con la ley. Es decir quien actúa, tomando decisiones sobre la base de su experiencia y reflexividad. Precisamente memoria y sujeto se implican mutuamente pues la memoria, en tanto disposición al aprendizaje, fundamenta la capacidad de estar libre para elegir el futuro. Finalmente, el sujeto, en tanto es capaz de narrar lo fundamental de su vida, adquiere una identidad, una integración, una cohesividad. Primado de la vida sobre las fuerzas desequilibrantes del tanatos. En este panorama las luchas por elaborar una memoria colectiva pasan por tratar de reconocer pero también de mediar los antagonismos. Hacer que cada uno de los fragmentos de la comunidad esté dispuesto a reconocer como propios los fragmentos que gracias a la fraternización dejan de ser ajenos. Lograr ser una comunidad donde los antagonismos sean manejados de la forma más justa, transparente y democrática. Realizar la función civilizatoria de la promesa peruana, contra el pesimismo de la amargura, contra el cinismo del conservador, contra el resentimiento del tanático.

VII

Finalmente, entonces, ¿cuáles serían las premisas de las que debería partir un estudio del velasquismo que fuera (potencialmente) aceptable para (casi) todos los peruanos?

- 1.- El Velasquismo representó un intento por acelerar la construcción de una nación en el Perú. Trató de descolonizar las relaciones sociales, denunciando los abismos y las injusticias, y estrechando las diferencias. Procuró unir a los peruanos tras un proyecto basado en el fomento de la integración social, la redistribución de la riqueza y la afirmación de la dignidad y valor del mundo popular, tanto urbano como campesino. En realidad el Velasquismo recogió anhelos largamente sentidos en las clases medias y populares criollas. Anhelos presentes en diversas fuerzas políticas como el Apra, el Partido Comunista, Acción Popular, Democracia Cristiana, Social Progresismo, etc. No debe sorprender entonces que el gobierno de Velasco reclutara personas de todos estos partidos.
- 2.- El Velasquismo se planteó como un régimen representativo de las clases productoras en lucha contra el rentismo oligárquico y la depredación imperialista. Esta coalición social estaría liderada (autoritariamente) por el gobierno de las Fuerzas Armadas y, en la medida en que se fortaleciera, en forma creciente, por las organizaciones gremiales y corporativas de la sociedad civil. En consecuencia, el Velasquismo se trató de apoyar en un frente muy amplio que cubría desde los empresarios nacionales hasta el campesinado, pasando por los profesionales, empleados y obreros. Cada sector obtendría ventajas, pagando eventualmente algunos costos. Los empresarios recibirían crédito y protección arancelaria; los trabajadores, estabilidad laboral, alzas salariales, y la copropiedad y cogestión de las empresas; los campesinos, la propiedad de la tierra.
- 3.- Las razones que desestabilizaron el proyecto velasquista son múltiples y complejas. Algunas tienen que ver con el proyecto mismo, otras con la coyuntura del periodo 1974-75. La oposición de izquierda movilizó a los sindicatos a exigir reivindicaciones exageradas. La perspectiva era un economicismo mesiánico. Es decir, agitar expectativas que al no poder ser resueltas llevarían a los obreros a plantearse el tema del poder. Si se tiene en cuenta que el mundo popular no pudo tomar siquiera ventaja de las posibilidades que le abría el régimen de Velasco se concluye que la oposición de izquierda estaba dominada por un maximalismo dogmático. De otro lado, la gestión económica del Estado dejó mucho que desear. Las empresas nacionalizadas o socializadas no lograron la eficiencia prevista. Los grandes proyectos de inversión tampoco tuvieron el impacto deseado. La consecuencia fue que los balances macroeconómicos comenzaron a deteriorarse:

déficit fiscal, déficit en cuenta corriente, inflación. Las críticas de la derecha fueron silenciadas mediante la expropiación de los medios de comunicación. Primero la TV, luego los diarios. Este hecho, realizado en 1974, marcó el alejamiento definitivo de las clases medias profesionales. Sin el apoyo de la izquierda, ni de la derecha, ni del APRA, el régimen estaba solo. La enfermedad de Velasco lo hizo aun más vulnerable.

- 4.- Desde el punto de vista económico las reformas de Velasco fracasaron. Proyectos de inversión estatales poco rentables, una industria sustitutiva sobreprotegida y poco eficiente. Un desastre de la agricultura más productiva. Un crecimiento injustificado del aparato del Estado. No obstante, la importancia de Velasco estuvo en una suerte de “revolución cultural”. La revaloración de lo andino, el elan nacionalista, el intento por integrar socialmente al país. Quizá entre muchos hechos importantes privilegió dos. Primero, el uniforme único escolar. Por ley todos los estudiantes tenían que lucir el mismo vestido. Todos iguales. En un país donde la identidad se basa en la diferencia y jerarquización, la medida resultó traumática para muchos. Los niños de los colegios más exclusivos usarían las mismas prendas que los niños de los colegios del Estado. Se parecerían un poco más. Serían escolares peruanos antes que “públicos/nacionales o privados”. Segundo, la frase “campesino: el patrón ya no comerá más de tu pobreza”. La explotación “absoluta” —basada en una tecnología rudimentaria, bajas remuneraciones y una rígida jerarquización social— dejaba de ser legítima. Los trabajadores tienen pues derechos.

En la actualidad estos puntos de acuerdo posible no son recogidos por la derecha conservadora. Para Chirinos Soto las medidas del gobierno de Velasco están inspiradas por el resentimiento social y la ambición personal. Además el estatismo estaba condenado al fracaso. Por último, la derecha social piensa que Velasco sublevó a la “indiada”, corrompiendo un orden social que en todo caso habría tenido que evolucionar paso a paso. Puede que en la (ex)izquierda tampoco se conceda este punto. De hecho muchos autores de esta tendencia no han hecho una autocrítica explícita con las interpretaciones que elaboraron donde el Velasquismo aparecía como un intento de remozar la “dominación imperialista”.

No obstante creo que una mayoría de peruanos podría hacer más o menos suyos los puntos mencionados. Entonces podríamos concluir que no hay una “historia justa”, ni una “memoria feliz”; es decir, no hay un

sujeto colectivo, una ciudadanía peruana que comparta valoraciones comunes sobre el pasado y esperanzas también comunes sobre el futuro. No obstante están los materiales para lograrlo. Del recordar en conjunto, del diálogo abierto puede nacer esa memoria e identidad, tan necesarias para que la conflictividad del país no esterilice todos los esfuerzos por salir adelante.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer Sovereign Power and Bare Life*. Stanford University Press.
- Chirinos Soto, Enrique (s/f). *Historia de la República*. Editores Importadores.
- Franco, Carlos (coord.) (1986). *El Perú de Velasco*. Lima: Cedep.
- Torres, Zózimo (2000). *Habla un sindicalista*. Lima: Ed. IEP.
- Lienhard, Martín (2000). “La memoria popular y sus transformaciones”, en Lienhard Martín (coordinador). *La memoria popular y sus transformaciones*. Madrid: Ed. Iberoamericana.